



# LA EPOPEYA DE CHILE

“La Araucana” de Ercilla

---

POR

ANTONIO BORQUEZ SOLAR

El mui ilustre Rector de la Universidad Nacional, ha querido conferirme el gran honor de dirigir la palabra a tan selecto auditorio, desde esta cátedra, histórica ya, i cuyo renombre indiscutible sonoramente se dilata por todos los ámbitos que rige i que gobierna nuestra gloriosa lengua castellana. I yo, exajerando la magnitud de mi poder mental, pero ciertamente con el fervoroso deseo de corresponder a tan señalada distincion de la mejor manera posible, i teniendo mui en cuenta la solemnidad de estos dias que vamos viviendo, gratos al patriotismo, cargados de recuerdos, i en los cuales parece que se siente redivivo el hábito de aquellos otros de há cien años, en los cuales sobre las altas i ágrias montañas coloniales despuntó el sol de la Libertad, como gigantesca rosa ígnea, para asistir al nacimiento de la nueva patria, teniendo todo esto mui presente, he elegido un asunto de mi particular predileccion i que, espero, ha de ser de vuestro agrado, porque sé que es nuestro patrimonio el noble orgullo por los antepasados, el noble orgullo de la raza, virtud la mas alta i la mas poderosa porque ella sola es capaz de hacer a los pueblos dueños de su porvenir, ple-

nos de confianza en sí mismos i en sus destinos, potentes i viriles, árbitros de su grandeza en el presente i merecedores de ser glorificados en la Historia.

Puedo decir con la rigurosa verdad de un axioma que han concurrido a la formación de esta virtud que poseemos en su mayor excelencia, dos jenitores igualmente capacitados para producirla: el uno autóctono, venido de fuera el otro; araucano el primero, español el segundo. Este orgullo racial del conquistador fué el que hizo a la España tan potentemente grande en el pasado, el que sojuzgó a la Europa por el brillo de su inteligencia i la fortaleza de su brazo, cetrodictaminador levantado sobre la mitad del planeta, i que junto con llevarle a las glorias mas excelsas, a las hazañas mas admirables i a los mas denodados valores, le hizo a las veces cruel i atrabiliario, injusto i opresor en la ceguera de su innegable superioridad. Por otra parte, nuestros abuelos aboríjenes con sus sacrificios, con sus heroismos, sus inquebrantables fuerza i constancia en defensa de su *mapu* i de su libertad, durante tres espaciosas centurias de batallas épicas, los soberbios abuelos ancas, contribuyeron a esta que no seria desacertado llamar ahora innata virtud de la raza chilena.

I es a ella a la cual quiero yo referirme, desde el momento en que quiero hablar, segun mi leal saber i entender, de quien siendo español conquistador de sangre i nacimiento, es al mismo tiempo bien nuestro i de nuestra tierra por su obra, merecedora de las mas altas i continuadas laudatorias, ahora i siempre. Con esto he dicho Ercilla i su «Araucana».

Si bien se considera, ha sido una buena suerte rara la que nos ha deparado el Destino, a tal punto que bien pudiéramos decir que somos, talvez, sus hijos predilectos. Este convencimiento llega a producirse en el espíritu despues de contemplar con escrutadora mirada el vasto panorama que nos presenta nuestra Historia. Desde el principio aparecemos de un modo sobresaliente a la espectacion jeneral, como pocos otros pueblos lo lograron, a pesar de las vicisitudes, quebrantos i desgracias colectivas, de retrocesos i

brusquedades en la evolución de nuestro conglomerado histórico. Desde los orígenes se notan en nosotros aquellas singulares características con que se han señalado, desde tiempos remotos, aquellos pueblos que han ocupado un lugar prominente entre los demás i que han sido como fanales guías de los hombres, receptáculos i manantiales de fuerzas vivas, fautores de empresas grandes i elevadas, i que aun después de su desaparecimiento material de la faz del planeta, por la fuerza de estas sus cualidades excepcionales han continuado viviendo i perdurando en la médula misma, en el espíritu de los herederos de sus talentos, virilidades i privilegios. Desde los tiempos primitivos de las tribus araucanas irreductibles i vencedoras del inca poderoso i más adelantado, estas señales a que me refiero aparecen i se hacen más claras e intensas en el comienzo de la conquista i durante toda ella. Nunca abatidos, jamás domados, inyugables siempre los prohenitores, este país adquiere en un tiempo relativamente corto sus preclaros distintivos excepcionales. I para que nada le falte en esta línea paralela a la de los pueblos i razas a que hago alusión, su apareamiento a una actividad más pronunciada, se marca con ese monumento, o con esa pirámide de granito que con majestuosa permanencia se yergue sobre los siglos como perenne testimonio de la grandeza creadora del humano ingenio; se marca, digo, el nacimiento de Chile, con una epopeya. Así, pues, podemos decir con la más legítima altanería que si, vaya por caso, el pueblo hispano-visigótico tiene el «Poema del Cid», i la Jermánia su «Niebelungen», i Francia su «Chanson de Roland», etc., Chile tiene su «Araucana» que, aparte sutilezas críticas, más apasionadas que serenas, es un real i verdadero poema épico, fruto espontáneo i natural de una época nueva, de una nueva raza i de una nueva manera.

Puede que haya entre mis ilustrados oyentes quien califique de gran audacia este mi decir; pero yo estoy muy dispuesto a confesar que soy perfectamente sincero al hacer tal afirmación i que ella nace de opiniones mías ya muy

arraigadas por lo antiguas. Ciertamente es que la «Araucana» no se ajusta a la preceptiva clásica, que ni es como la «Iliada» de Homero ni la «Eneida» del latino. Tampoco siguen a estas epopeyas ni los «Nibelungos» ni las demás nombradas, i, sin embargo, estas obras iniciales de la gloria i del nacimiento de pueblos son tenidas como épicas; porque encarnan el espíritu de una raza, porque son como el joyelero de todas sus excelencias guerreras i pacíficas. No puedo convenir en que tales producciones tengan que ajustarse a reglas convencionales, derivadas de modelos que fueron a su vez frutos naturales i espontáneos, nacidos a la vida libremente i que para expandirse en el espacio i para perpetuarse en la admiración de las jentes, no tuvieron sino las alas libérrimas con que las dotó el ingenio creador. Pero como no es mi ánimo estenderme mas en este particular, quiero remitir a los estudiosos de las cualidades netamente épicas de la «Araucana» al mui docto estudio que de ella ha hecho nuestro erudito don José Toribio Medina, honra de las letras nacionales.

Tenemos mui sabido lo que canta el poema arcillesco: las guerras que guerrearon en la décima sexta centuria, tan gloriosa por otros motivos, los castellanos i las tribus araucanas; las proezas valerosas de los unos i las hazañas maravillosas, inigualables de las segundas; las virtudes de nuestros caciques, desafiadores eternos de los peligros, retadores i triunfadores de la muerte; su fiereza i resistencia en los combates, su amor al heroísmo, su inquebrantable dureza ante todas las penalidades i crueldades de una lucha incesante i horrible, en la cual tenían para defenderse contra el centauro i el rayo conquistador, solo el ancho i bronceado pecho como escudo i el robusto brazo para abollar los yelmos i hendir los cráneos en un atlético esfuerzo, en defensa de la tierra nativa i de la vida libre por los bosques i praderas que se tendían entre las faldas del murallón gigantesco de los Andes i las líricas tranquilas elasticidades del Pacífico. Porque, verdaderamente, la «Araucana» no es otra cosa sino el ininterrumpido canto a las maravillas i prodijios

del valor i el heroismo de los toquis, maravillas i prodijios que se verificaban cuotidianamente, i no con la ayuda o la intervencion de lo supraterrrestre, como en otras epopeyas acontece. Ni Marte ni Belona, ni Venus ni Minerva. Todos estos poderes auxiladores divinos están en el mismo guerre-ro, ardientes en su corazon i terribles en su lanza o en su maza india. De este modo la glorificacion que Ercilla hace, resulta natural i humana i, por lo mismo, mas admirable i sorprendente en su grande i heróica belleza, en toda su desnuda verdad, sencilla i pura. I por este modo toda la obra adquiere la majestad épica, porque es el trasunto fiel de la magnitud de los hechos que no necesitan ni de ficciones ni aditamentos para brillar con radiante luz de sol. Por esto tambien es que se siente pasar por todo el poema uno como cálido soplo de las batallas, descritas con rara puntualidad i exactitud; que al leer esos rudos i sobrios endecasílabos, esas apretadas i macizas octavas, parece que se oye el choque de los cuerpos que pugnan, el airado relincho de los caballos de pelea que olfatean el acre olor de la sangre, el pesado caer de las mazas que aplastan cabezas castellanas, el restallar de las lanzas en los ferrados escudos, los gritos i bufidos, el sonido que hacen los combatientes, corto i seco, al desplomarse a tierra, para no levantarse ya nunca mas, i borbotando el rojo licor de la vida, en anchos caños, por la abierta herida que deja escapar el alma, en la última desesperacion de la última congoja.

Es así la vision de la realidad que dan las descripciones ercillescas. I lograr esto con los mas naturales procedimientos, sin apelar a los grandes recursos poéticos, a las pomposas figuras, a los audaces vuelos imaginativos, es ser poeta épico en el mas alto valor de la palabra.

Mas de alguno ha llamado la atencion a que Ercilla no cantara, en su poema, a la Naturaleza virjén i ubérrima que tenia delante. Un distinguido estadista, i no ménos brillante escritor que orador, conterráneo mio, don Abraham Köning, parafraseando a Schiller, esplicaba esto diciendo que era propio de los siglos pasados ese despego por las bellezas na-

turales. No quiero hacer valer aquí las razones con que refuté en una acreditada revista literaria tan peregrina opinión. Pero sí quiero decir que el caso en el poeta paladín, que es Ercilla, es perfectamente explicable. Imposible ha sido que para él hayan pasado inadvertidas todas las esplendideces de la Naturaleza de la antigua Arauco; imposible que su corazón no haya palpitado fuertemente, que su alma no se haya impresionado hasta en los entresijos, a la vista de esas tupidas i ubérrimas selvas primitivas que perfuman con una lujuriosa floración leguas i leguas en su redor, que tienen árboles mas altos que las torres de nuestras catedrales, árboles cuyas copas sacudidas del viento, al inclinarse, parece que saludan al sol brillante, a la montaña vecina, al mar lejano; árboles que, como para comunicarse los ardores de su sávia interna, tienden entre sí los puentes prodijiosos i filigranados de sus entrelazadas enredaderas i lianas, orilladas con las lágrimas rojas de los rojos copigües o con las campanillas blancas de los copigües de nieve. ¡Cómo no había de impresionarse el poeta, mas que sus rudos compañeros de conquista, él, espíritu de unción i privilegio, flor de sensibilidad, al cruzar esas selvas en donde junto a la flora exótica de embriagadores i penetrantes aromas, mas ricos que el áloe i la mirra, se alzan a diario, en un perpetuo meliflúo concierto, los trinos de las avecillas, alegres de la vida, de la libertad i de su amor, i en cuyas umbrías se enarcan como doseles las ramas floridas de los «notros» i pasean las ágiles i sueltas vicuñas, i se aman ardientemente los pumas montaraces sobre una muelle i espesa alfombra de verdura salpicada de botones de oro, de agrestes «liutos» i de encantadoras diminutas trinitarias! ¡Cómo no había de impresionarse, agregó, con el sorprendente espectáculo de los ríos tan grandes i dilatados como mares, apacibles o turbulentos, que bajan rodantes por los altos flancos de piedra de la cordillera con un tabletear de truenos, con el estrépito ensordecedor de escuadrones de artillería lanzados en un furioso e interminable galope, que hacen nubes de espuma al correr, espuma blanca e irisada al áureo rayo del sol, que forman

cataratas de una estupefaciente magnificencia, que al precipitarse en los vácuos abismos desenredan la impalpable i ancha madeja de sus finos encajes i de sus blondas aéreas, para despues tenderse, tranquila i sosegadamente, por la ancha i fértil llanura, como una laminada sábana de plata en un enorme estuche de esmeraldas! ¡Imposible ha sido, repito, que para él, poeta, hayan pasado inadvertidos los altísimos picachos de la imponderable cordillera de los Andes con su eterna corona do nieves, cuya vista sola alegra el espíritu i regocija el corazon, en donde cada uno de los volcanes enfilados se erije hácia las nubes como una mano cerrada cuyo índice apunta hácia la altura!

Tengo para mí que si Ercilla no cantó en «La Araucana» las maravillas de la naturaleza esplendente que por la primera vez veia, no fué porque no respondiese con toda su alma, i vibrante de emocion, a la belleza del escenario en que se desarrolla su epopeya. No fueron tiempos de paz i sosiego los que él vivió, que son tiempos propicios a las dulzuras eglójicas i a los discreteos de las musas campesinas; sino dias de rudo vivir i noches de azaroso velar, tiempos de continuo guerrear en una guerra que tenia que conmover e impresionar mas fuertemente el espíritu con su terrible belleza, mas poderosa ésta que la de los rios, selvas, montañas i mares. Por esto puede juzgarse de la grandeza de las hazañas araucanas. Tambien hai que tener presente que el fin del poema de Ercilla es celebrar el valor heróico de los combatientes, su inquebrantable tenacidad i «no amor ni jentileza». Todavía hai que tener en consideracion las condiciones especiales en que la mayor parte del poema se compuso: que fué en el mismo campamento, en las intranquilas descansadas del vivac, en los cortos intervalos de los sangrientos combates, cuando el brazo rendido pedia mas el descansar que el manejar la pluma perpetuadora de toda clase de valores, frente a frente del enemigo avizor, a la vista de todos los aterradores despojos de la muerte, en el ancho campo sembrado de millares de cadáveres por entre los cuales solian oirse las desoladoras lamentaciones de los

heridos. De aquí por qué me es permitido afirmar que en semejantes condiciones el poeta no podía apartarse, un punto siquiera, de estas impresiones del valor i de la batalla, para dar lugar a unas cuantas estrofas al blanquear de la nieve, al correr del arroyo o al susurrar de las hojas. Confesareis, pues, conmigo, que en una tal situacion el poeta, que por añadidura es un valiente guerrero, no puede hacer otra cosa que la que hizo Ercilla para mayor gloria suya, de araucanos i españoles.

Alguien ha notado en «La Araucana» falta de alto vuelo poético. Yo quiero conceder que en ella no nos deslumbran las grandes figuras, ni se hace derroche de una imaginacion joyante; pero tambien pregunto: ¿hace todo ello falta? Yo afirmo que el poeta no tuvo necesidad de aquello para atraer, encantar o seducir. La belleza, la mas alta poesia, brota como de abundosos manantiales de la simple narracion de los hechos. I de esta su rudeza i sencillez resulta su gran magnitud poética. Hai que apuntar todavía, repitiendo, que en la vida azarosa de los combates no era posible detenerse en refinamientos retóricos. I por las mismas circunstancias en que se escribió el poema, i en tiras de cuero o marginales de cartas, entre tantas estrecheces e incomodidades, Ercilla no pudo o no quiso, detenerse en otros asuntos que no fuesen los de la guerra misma; i entónces se limitó a señalar algunos, a apuntarlos como en cifra, talvez con el ánimo de que poetas posteriores los desarrollaran, los vistieran con pomposos arreos i los lucieran mas airosos i desenvueltos en correr de los tiempos a la luz del mundo.

En llegando a este punto se me viene a la mente el recuerdo de la vida del poeta paladin, tan llena de accidentes, contratiempos, aventuras i desventuras. Ni sus mocedades, cortesañas, ni su travesía por desconocidos mares movido de causas incógnitas, por ilustrar su nombre, por ambicion de gloria u olvidar desengaños de triste amores, son las cosas que mas pensar me hacen. Abarcando como en un gran bloque el conjunto de su vida heroica, me detengo a meditar en sus largos años desgraciados, perseguido de los podero-



sos atrabiliarios, rencorosos e injustos. Recordareis bien lo que le ocurrió a Ercilla en Nueva Imperial con el «lijero mozo» don García Hurtado de Mendoza, que le dió cárcel i hasta en capilla para ahorcarlo lo tuvo por creer, equivocadamente, que habia incurrido en un desaguisado contra su autoridad, i recordareis que el poeta solo se libró por la intercesion de unas bellas damas i que se vengó con venganza perdurable, que tal es la de todos estos perpetuadores de belleza i endulzadores de vida, los poetas, no mencionando en «La Araucana» sino una que otra vez i un poco, o mucho, despectivamente, al atolondrado Gobernador que creía tener derecho a ser, como capitán de conquistadores, el mas celebrado por hazañoso en una guerra en la cual hasta los simples soldados eran de talla de héroes. Esta deliberada omision que hizo Ercilla fué la que le acarreó malaventura: por ella se vió perseguido a su vuelta a España por los poderosos parientes del inominado Gobernador García; por ella no pudo conseguir jamas los puestos que pretendia para salir de las penosas estrecheces de una situacion precaria, i ya en edad avanzada cuando toda desatencion es mas sensible i todo abandono, por pequeño que sea, mas doloroso.

¡Qué estraña suerte la de estos superiores injenios! Servidores de la humanidad, honra de su nacion i de su tiempo, todo cuanto en ellos hai de bueno i de bello, lo mas valioso de su tesoro, lo dan en obsequio a los demas, lo derrochan pródigamente, i, cuando por esto, en cambio, debieron verse enaltecidos, porque lo merecen, rodeados de la veneracion de las jentes, entre las comodidades i los honores, se encuentran desconocidos, i olvidados, luchando a brazo partido con la contraria fortuna, sin tener a veces lo mas indispensable para el ordinario sustento, cuando no perseguidos tesoneramente por los grandes del poder i de la fortuna, como en el caso del jentilísimo poeta de nuestra mui excelsa «Araucana».

Cierto que despues irremisiblemente les llega la hora de la justicia; pero ella llega de ordinario demasiado tarde: cuando no son mas en esta vida mortal.

¿Qué importan entónces al jenio desconocido, o perseguido, reparaciones i honores póstumos? Con todo, siquiera a los sobrevivientes consuela este homenaje, que afirma mas en el espíritu la certidumbre de que hai una hora, por postrera que sea, en que la justicia tiene su santo advenimiento. I, entónces, no es ménos consolador pensar que los poderosos perseguidores, los opresores, tienen su merecido castigo, que sus nombres son para siempre jamas motivos de execracion i de vilipendio, o que se les arroja al báratro del olvido para siempre, conjuntamente con los de la turba multa; miéntras el de la víctima se levanta mas luciente que la estrella de la mañana. Porque si es verdad que puede ser disculpable el desconocimiento del hombre superior por el bajo nivel mental colectivo, no es ménos cierto que él es vituperable por mil modos cuando proviene de los que son como la nata de la sociedad por su poder, fortuna i cultura, i mucho mas todavía si éstos obran impulsados por bajos i ruines sentimientos i resquemores, por venganzas de pretendidas distantes ofensas. Este el caso del infortunado poeta Ercilla, que le hace decir ya al fin de «La Araucana»:

«... Que el disfavor cobarde que me tiene  
arrinconado en la miseria suma  
me suspende la mano i la detiene  
haciéndome que pare aquí la pluma».

Dolorosa protesta de indignacion que aun despues de tantos siglos conmueve a todas las almas buenas i cae como pendon de ignominia sobre aquellos endurecidos corazones.

He dicho que en «La Araucana» tambien se loa, como era natural, i se exalta, el valor de los conquistadores del mundo, que esto fueron antaño los españoles. Con efecto, en el poema ercillesco hai para admirarse sobradamente de las bizarrías de los castellanos, que tuvieron en esta tierra de Arauco de demostrar su pujanza secular, su bravura sin límites, su gran resistencia en toda clase de penalidades. Se ve que ántes ni en las guerras moriscas, ni en las de Italia

i Flandes, con ser todo lo heróicas que fueron, se habian encontrado en mejor palenque i con mas denodados mantenedores para hacer resaltar la tremenda i espantable fortaleza de su brazo i de su corazon. Nada los detiene ni los acobarda nada: ni los obstáculos de la naturaleza desconocida i hostil. Salvan abismos, escalan precipicios, vadean rios correntosos, a la intemperie viven, semanas i semanas, i nunca el alma pusilánime; por el contrario, aun despues de tantos trabajos sacan fuerzas para combatir de uno contra ciento, en una pugna rabiosa de muchas horas. Tal se dice, verbigracia, en el Canto IV del poema, entre otros: Catorce españoles, despues de atravesar las intrincadas serranías de Nueva Imperial a Puren, al descender un repecho, en el valle, se vieron rodeados de numerosa multitud enemiga que, saliendo de los bosques fronterizos donde estaban ocultos, les acometieron con grande algazara i furia, rodeándolos i haciéndoles imposible la retirada, en la cual jamas pensaron los valerosos sorprendidos. Así acorralados por tres escuadras de indios que mandaba el bravo Lincoya, pelean sin cesar; con lanzas i espada, hieren, rajan, hienden, matan, rompen el cerco que vuelve a cerrarse i cuando vuelven a romperlo i logran espaciarse un poco por un lado, reorganiza a sus bárbaros el porfiado jefe i vuelve contra los catorce, que a Dios pluguiera, dice el heróico Gonzalo Hernández:

«Fuéramos solo doce i dos faltaran  
que doce de la fama nos llamaran».

Se renueva la lucha implacable. Rendidos de tanto herir, destrozado i matar, los españoles, heridos ellos mismos, mutilados, manando sangre por todo el cuerpo, con los yelmos abollados por la fuerza de las mazas, rotas las rodelas, con los caballos estropeados i heridos que apenas pueden soportar el peso del caballero, no cejan un momento ni se dan punto de reposo, aunque el brazo desfallezca i se muestre rebelde a la voluntad despues de veinte horas de cruelísima

batalla. Al fin, cuando mas de la mitad de los castellanos ha sucumbido al bárbaro furor, el cielo viene en ayuda de los restantes: se desata una horrorosa tempestad de copiosa lluvia i viento bramador, que pone temor en el corazon indijena. Entónces los seis héroes, desfallecido el cuerpo, i nó el ánimo varonil, se libran de una muerte cierta. I no ménos pruebas de temerario valor dan los españoles en el Canto V, en la tremenda batalla de Andalican, en donde, a pesar de todo el denuedo desplegado, del audaz arrojo, de las proezas increíbles hechas, fueron desbaratados i puestos en fuga por la estrategia de Lautaro.

De paso hai que advertir que en la descripcion de esta batalla, así como en muchas otras, es sorprendente el interes que logra despertar Ercilla. Hai en ella movimiento, estruendo fragoroso, ansiedades, iras. Razon ha tenido quien ha afirmado que en este punto nuestro poeta no cede una línea a las mas celebradas de las épicas descripciones clásicas.

El valor. Yo no sé si os habreis fijado bien en la gran significacion de esta palabra. Cuando se oye decir que alguno ha realizado una accion que está fuera de lo comun, que demuestra presencia de ánimo, tranquilidad frente al peligro i que lo desafia o lo vence, se dice que ese hombre ha demostrado valor. Es una virtud cuyo ejercicio es, acaso, el mas difícil i que no poseen en toda su integridad sino las almas mui bien templadas en los desconocidos crisoles. Hai muchas clases de valores; pero el valor es único. El valor es un constante reto a la muerte, que denota un fuerte desprecio de la vida, con un gran amor a la vida al mismo tiempo; porque si se desafian los peligros i valerosamente uno se espone a la muerte, es para defender la vida misma. Esto parece una paradoja; pero está mui léjos de serlo. Es una rara virtud la del valor i por esto tanto se estima. Tienes razon, tú que la posees, en levantar la cabeza hácia las estrellas i permanecer mucho tiempo silencioso como las cumbres. Cuando las cumbres hablan suelen producirse los cataclismos. Hai muchas clases de valores he dicho. Así el de decir siempre

la verdad cuando estamos circunvalados de la mentira; o el de proclamar el propio valer por encima de los ínfimos, sin hacer caso de esa pequeña virtud que ha inventado la nulidad conjuntamente con su prima hermana la mediocridad i que llaman la modestia, que suele ser en el mejor de los casos una de las formas de lo hipocresía. «Mi mirada pasa por encima de los pequeños como la de un perro por encima de los bullentes rebaños de ovejas. Son jentecillas de buena voluntad, grises i lanosas». Aquí teneis un valor «nietchizta». Mas cualquiera que sea el valor, él es virtud guerrera: su descanso es el pelear. Pero cuán pocos son los hombres que quieran estar en guerra permanente, esponiéndose hora por hora, con porfía, a la muerte. Pero estos pocos hombres valerosos son reproductores de valor con la fecunda enseñanza de su ejemplo. El valor es la fuente fecunda del heroísmo; o mejor, el heroísmo es el valor en su plena excelsitud. Un pueblo de valerosos, de guerreros, no ha sido raro en la historia; pero una raza de héroes, una colectividad enteramente heroica, eso ha producido el asombro humano i de este asombro ha brotado el cantor, el dignificador del prodijio. ¿Qué mucho, pues, que el soberbio i esplendente heroísmo araucano, que fué tres veces secular, encontrara su Ercilla i se perpetuara en el Paraiso de la Gloria?

Hai que advertir que en «La Araucana» se han considerado como no pertinentes algunos episodios: el de la cueva del encantador Fiton, el de la defensa de la reina Dido i el de la Batalla de San Quintin. Aunque real i verdaderamente no guarden relacion con el contexto jeneral del poema, sirven como de reposorios e intermedios en la continuada referencia de batallas desafortadas i de fieros i terribles males. Son como lunares en la belleza de una jentilísima dama. Sirven esos pasajes al poeta para recordar las glorias de la patria lejana o el caballeresco carácter español.

I ahora ya es tiempo de inquirir cuál es el héroe principal del poema.

¿Será Caupolican que nos lo presenta de una manera épica con el tronco al hombro, en aquella asamblea de caciques

poderosos que se disputan el honor de mandar a los demás? Caupolican, el cíclope araucano, vencedor en cien lides, ingenioso i activo, heróico hasta en la hora suprema del último sacrificio. ¿Recordais, acaso, ese sacrificio? El grande, el heróico cacique, el toqui egrejo, que mas parece figura de leyenda por su alteza guerrera, que simple indio primitivo habitador de las selvas, ejercitado desde temprano en desquijadar leones, o en alcanzar con la flecha al cóndor que se balanceaba en la altura con un jiron de nube en el pico; pues, ese Caupolican ahí está vencido, herido mortalmente con el dolor de su vencimiento; ahí está rodeado de sus irritados i triunfantes adversarios, próximo a ser empalado por el enorme crimen de haber defendido su libertad i la de los suyos, su libertad i su tierra; ahí está resignado con su suerte, sin que le tiemble un músculo, aun con arrogantes fuerzas para estrellar al verdugo que intenta llevarle al horroroso suplicio; ahí está como una columna de piedra, luciendo su recia talladura atlética; ahí está aun tranquilo despues que Fresia se avergüenza de ser su esposa i le arroja a sus piés el hijo de sus entrañas, de su mutuo amor, como para que se rebalse el cáliz de sus amarguras, de las que van por dentro de él, de esas amarguras que por lo mismo que no se ven corroeñ mas i mucho mas martirizan; ahí está, i así va con una majestad silenciosa a sentarse en el palo aguzado que le atraviesá las entrañas i le rompe el noble corazon, tan magnánimo, que nunca se cansó de latir por el amor de la patria, que le empujó a las mas increíbles proezas i a las mas estupendas hazañas. I así queda Caupolican empalado, muerto, tranquilo, sin desfigurarse, como si viviese todavia, como si por misterio sobrenatural su rostro se hubiese hecho de bronce, de ese mismo bronce cobrizo que florece en el hondon de la cordillera, en el corazon de su montaña. I así queda muerto, sí, todo lo que habia en él de percedero, del limo de la tierra fecundada con su sangre; muerto, i vivo con esa vida inacabable i duradera de los que son mas que hombres, de los que se superan así mismos, con esa vida que se va dilatando de siglo en siglo, que se acrecienta i que se

eleva sobre todas las jentes de jeneracion en jeneracion, con esa vida que fecunda en el espacio i en el tiempo otras vidas altisimas i heróicas, i que brilla como faro jigantesco i guia a los pueblos, a las razas, a la patria, a la realizacion de todas sus ambiciones, a la realizacion de sus nobles, de sus grandes, de sus sacrosantos destinos.

No ménos admirable en el poema lejendario es la figura de Lautaro, a quien ya en sus mocedades da un revestimiento heróico el amor a la libertad. En él este santo amor despertó de súbito i con una fuerza incontenible; él le llevó a ser arrojado, temerario o prudente i avisado; le dió experiencia i le dictó las vibradoras palabras de sus mas elocuentes arengas; él le enseñó su nueva estrategia en los combates, resucitada en los tiempos modernos por los grandes capitanes. Era Lautaro, ágil como los pumas i violento como una tempestad, con una arrogancia tan gentil i tan simpática, sin embargo, que cautiva i apasiona. Pasa por el poema con su aureola de jeneral victorioso, sin tacha i sin miedo. Se diria que es el caballero blanco de Arauco. Pasa delante de sus tribus, a la cabeza de sus piqueros, de sus flecheros seguido, bajo las silenciosas i macizas arcadas de las selvas, i parece que se siente a su paso como un estremecimiento de la tierra. Asoma de improviso a la vista del enemigo i desde la altura en que se muestra, en medio del resuelto grupo de sus guerreros, blandiendo al aire la pesada pica como si esta fuese un delicado junquillo, con su broquel de cuero en la siniestra, combado el pecho poderoso, con su airon de plumas en la crinada testa que circunda el «trarilonco», tiene toda la apostura, la soberbia i la majestad de un Dios indio. No es ménos impresionante su gallarda figura destacándose del tumultuoso horror de las batallas. Hasta su muerte es bella, despues de una amorosa noche, en el asalto inesperado e incontenible de los tercios castellanos. Brava i hermosa muerte de guerrero en herir i defenderse del adversario, en la confusion i el espanto de una furiosa acometida, al saltar un foso en un arrogante paso de carga, en alto la pesada maza i lanzando al

aire el grito que tiene reminiscencias de Tucapel, grito de muerte i de victoria, i en este caso anunciacion de un alma heroica a la vida de inmortalidad.

«El Paraiso está a la sombra de las espadas», habia dicho el Coran i como si hubiera llegado esta formidable sentencia hasta ti, Galvarino, en un soplo tempestuoso por encima de los continentes i de los siglos, tienes tú un valor épico i una actitud i una elocuencia épicas. Ved, pues, como este excelso poeta Ercilla no solo tenia una alma perspicaz para penetrarse i posesionarse de la cantidad de epopeya correspondiente a la magnitud del acto realizado en su salvaje desnudez, sino tambien el poder maravilloso de ponerla en su orquestacion poética i dejarla resonando en el trascurso de los tiempos. Por esto es, por lo que todavía vemos a este Galvarino, que es un intrépido guerrador, no mas grande con el hacha de piedra o la lanza ofensora, sino despues de la espantable mutilacion.

Con solo muñones de brazos, desfigurado por el sacrificio, puesto en libertad para que su vista infundiese un saludable terror entre los indios, se torna en la mas tremenda espuela de venganza.

Ante la muchedumbre bárbara que de la barbarie de la mutilacion se horripila, en actitud llena de una grandeza trájica, el toqui calla; mas este su silencio es de una elocuencia abrumadora. Levanta en alto sus brazos cercenados i sus muñones son como mazas que llamasen a la pelea, destilando sangre tal si estas mazas se hubieran empapado en un charco rojo, lado a lado de un puñado de valientes caidos para siempre jamas. I cuando de este modo con los brazos en alto, puntuando con gotas de sangre su frase corta i airada, dice a las tribus sus resonantes palabras, es rayo i trueno su voz, antorcha de cóleras, i hace estremecer con un rumor de mareas a la indijena muchedumbre que avanza lentamente, lentamente, inflamada en bélico ardor a esterminio i venganza; mas, a medida que el paso se aviva, cuando la carrera hiere la tierra con ímpetu redoblado, las leijones indias, mazas i lanzas, se trasforman i aparecen como



la selva entera arrancada de cuajo, como la selva entera en una majestuosa carrera hácia las represalias i hácia la gloria, detrás de la horrenda mutilacion.

Tambien otro de los héroes sorprendentés en el poema ercillesco es Rengo. Como todos los toquis es valiente a toda prueba, ejecuta mil hazañas prodijiosas, no conoce las fatigas en su robusta complexion titánica. Sus fuerzas son tremendas i su maza aplasta como una montaña al caballo i caballero. Yo le encuentro un perfil hémerico cuando nuestro altísimo poeta nos lo presenta metido en el pantano, hasta la cintura, combatiendo con desnudo contra una veintena de enemigos, deteniendo él solo con los golpes de su maza, para dar lugar a los suyos de internarse por los bosques vecinos, al escuadron de españoles que va en su seguimiento. Es entónces tambien cuando éstos demuestran, por la millonésima vez, su coraje i su ardimiento. Pero el héroe araucano, en la solemnidad de esa hora, adquiere mayor grandiosidad i se ajiganta; pone la admiracion en los pechos castellanos, la admiracion respetuosa que enjendran las acciones sobrehumanas, los altos hechos del heroísmo. En ese momento, cuando Rengo se entrega todo él en sacrificio a cien muertes que le amenazan con el filo de las toledanas espadas, pero dispuesto a dar cara su vida, en defensa de su tribu, manifiesta tan elevado sentimiento, no solo de dignidad propia, sino de confraternidad racial, que hace pensar a nuestras almas modernas que estas no aprendidas virtudes araucanas, manifestadas tan señaladamente, han sido un legado de los dioses i que por ser tales se han de conservar en nosotros hasta la consumacion de los tiempos.

Así por esta manera, o por otra diversa, todos los toquis araucanos desfilan en el poema marcialmente, con un altivo jesto heróico; todos nos inspiran admiracion i simpatías a la par, todos en igual grado sobresalientes. Por esto se ha dicho que no hai en «La Araucana» unidad de héroe. Mas, yo digo en verdad que si Caupolican no es el personaje principal, ni tampoco Lautaro, en cambio la unidad heróica de esta epopeya está en la raza entera.

El héroe de «La Araucana» es un héroe colectivo, es la muchedumbre india, la tribu valerosa, indomable e incansable de consuno. I si me es permitido decirlo, en esta unidad colectiva heroica toman directa participacion las mujeres aucaas, valerosas tambien e incitadoras constantes del valor de los guerreros, de sus esposos, hijos i hermanos. I con mas coraje todavía que las que vió espartanas la antigüedad, las de Arauco se batieron arma al brazo i obligaron con su ejemplo a redoblar la cantidad de valor de que cada campeón era capaz. I esta unidad heroica que diferencia a *La Araucana* de las epopeyas clásicas griega i latina, constituye para mí su mayor merecimiento; porque, apartándose de aquellos modelos e inspirándose mas directamente en la realidad, llegó i alcanzó las alturas de la epopeya. Así Ercilla dió nacimiento a la epopeya de Chile.

I raro caso es este en la historia: el de un guerrero conquistador que se revela jentilmente poeta en los mismos campos de batalla donde se manifiesta a cada instante el poder de su fuerte brazo. Sabido es que nuestro Ercilla de la fama habia compuesto en su adolescencia tan solo una glosa, que a nadie dió barrunços de lo que podria llegar a ser en el futuro el mozo glosador.

Compuso, como componian casi todos los caballeros jóvenes de algunas letras en aquella edad, versos amorosos. Su sentido poético estaba como adormilado en lo mas hondo de su sér; la poesía estaba en su alma como la Bella Durmiente del Bosque Encantado. Fué necesario que llegase a Chile para que este su altísimo sentido se despertara con la fuerza esplendorosa de un sol de verano; menester fué que a su vista se presentasen esas hordas salvajes a cuyo vencimiento se creyó que bastaria solo la presencia del centauro conquistador o la granizada del arcabuz; menester fué que él viese esta maravilla del valor inesperado, esta resistencia araucana desarmada, pero capaz por sí sola de atajar la invasion i de anonadarla cien veces ciento. ¡I pensar que sin esta guerra de conquista que hizo Ercilla en Arauco, España no habria añadido este nuevo florón a su diadema de glo-

rias, i nosotros en nuestro nacimiento a la vida civilizada no hubiéramos tenido el bautismo de una epopeya! ¡Sorprendentes son los designios de Dios!

Ahora, toca inquirir las causas que orijinaron la venida del excelso poeta. Fué el amor de la gloria, dicen los mas, el deseo de ilustrar su nombre en estos lejanos i dilatados continentes por donde iban los conquistadores, con riesgo mil veces de la muerte, mas por la búsqueda del oro que en las inesploradas rejiones abundaba fabulosamente, que por eternizarse en nombre i fama detras de sus proezas inauditas. Amor de gloria, i no villana sed de oro, fué la que nos trajo a Ercilla, tan jóven aun que no le era permitido el peso de la espada. Tambien a él como a tantos otros que le tocó vivir en esa edad caballeresca, le aquejó ya desde sus tiernas mocedades el noble anhelo, la santísima ambicion de la vida que no muere, de la perpetuidad del nombre i de la fama por hazañosos hechos en la memoria de las jeneraciones sucesoras; tambien él, entónces, fué un atormentado de este hondo e incesante dolor bienvenido de la inmortalidad, que conduce por los mas varios derroteros, los mas escabrosos o los mas misteriosos, a la realizacion de las mas grandes empresas, al acometimiento de las mas altas e intrincadas aventuras, en donde, acabándolas, se cobre el eterno renombre suspirado i deseado en cada hora del dia i de la noche. ¡Oh! cuántos son los enamorados de la vida eterna, que por amor de gloria, por sed de inmortalidad, han hecho los mayores i mas grandes bienes a la humana especie!

¡I cuán poderosa es esta sed de inmortalidad! Por correr detras de ella todo se deja a un lado, el amor de familia, la vida regalada i apacible, el fausto cortesano i las pompas palatinas; se deja el terruño natal i la casa solariega cuyas piedras dejan oír por sus resquicios i junturas una voz de reproche i de amargores. Por la sed de inmortalidad se abandona la patria chica i se lanza uno, a la buena de Dios, a recorrer la patria grande por mares infinitos i desconocidos en una débil carabela, ludibrio de las olas i del viento, hasta dar la vuelta con ella llevando a su ancla amarrado un con-

tinente o con cuidado amoroso en el pobre equipaje sus credenciales de gloria en una indígena epopeya. Así tú, Ercilla de la fama, por amor de perpetuidad dejas los regocijos i bienandanzas de una corte brillante, las fiestas de los jentilhombres, los espléndidos saraos donde triunfan las bellezas i vienes a tierras desconocidas dispuesto a todos los sacrificios, desafiando los rigores del clima, las asechanzas de un enemigo tenaz i embravecido; vienes así, Ercilla de la fama, avaricioso de la gloria, nuevo caballero de la Esperanza i del Ideal como tu imponderable compatriota, inmortal entre los inmortales, el glorioso bienaventurado don Quijote de la Mancha.

Mas ¿fué verdad, Ercilla, que sed de inmortalidad, que amor de gloria, solo fué quien te movió a acometer tan altas i riesgosas empresas i acabar de manera triunfal la mas venturosa de tus aventuras, como fué la de tu «Araucana»? Mira que nuestro mui ilustre don José Toribio Medina asegura que fueron cuitas de amor las que aquí te trajeron, i que por eso, en desquite de tus infortunios amorosos, en tu poema tanto recato guardas con las cosas amorosas. Ahí, en el cap. III, de los muchos que te dedica, dice este curioso investigador que de mozo te enamoraste de tan bella i garri-da persona i tambien de tan elevada alcurnia, que ella te desdeñó porque te tuvo en ménos, jóven paje de principe real. Por lo cual yo vengo a coleccionar que ella la desdeñosa ingrata sería, por lo ménos, de principesco linaje. I añade el donoso historiador, que deseoso de cobrar eternos nombre i fama, para ilustrar tu modesto de hijodalgo i alcanzar e igualar al de tu princesa, te embarcaste para la conquista del vellocino de la gloria. Tambien cita en apoyo de este su decir algunos versos tuyos, que en verdad que son como adoloridas quejas palumbares en medio del sonoro restallar de las lanzas indias en los ferrados escudos castellanos.

Yo sé bien que tú pudieras decirme en este trance:—Si fué de amor de mujer, que suele ser siempre percedero, de donde se enjendró este mi amor de la gloria, bendito sea aquel por los siglos de los siglos. I yo te agrego, Ercilla de

la fama, mas bendita aún aquella tu princesa desdeñosa que te lo inspiró, porque fueron mas sus desdenes que tu ánsia de amor quienes te empañaron de la divina inmortalidad. Esto por mas sabido que me tengo que del amor a mujer brota todo heroismo; como dice Miguel de Unamuno en su «Vida de don Quijote i Sancho»: Del amor a mujer han brotado los mas fecundos i nobles ideales, del amor a mujer las mas soberbias fábricas filosóficas. En el amor a mujer arraiga el ánsia de inmortalidad; pues es en él donde el instinto de perpetuacion vence i soyuga al de conservacion sobreponiéndose así lo sustancial a lo meramente aparential. Ansia de inmortalidad nos lleva a amar a la mujer i así fué como don Quijote juntó en Dulcinea a la mujer i a la gloria i ya que no pudiera perpetuarse por ella en hijos de carne, buscó eternizarse por ella en hazañas de espíritu.» Así tú tambien, hazañoso Ercilla de la casa vasca de Bermeo, como ya lo tengo dicho, i tan alto colocaste tu amor en mujer i viéndole no correspondido trataste de olvidarla a ella o de engrandecerte para que te correspondiera, o si viniste aquí en busca del olvido con el corazon perhinchado i cogolmado de afliccion, loemos a la princesa ingrata que sin ella quererle, lo mismo que Dulcinea, fué el manantial de tu suprema ambicion de gloria, hasta que la alcanzaste ésta, hermosísima i duradera por todo una eternidad.

De lo que no hai que dudar es del culto que tenia por la mujer nuestro gran poeta. Cuando de ella nos habla en «La Araucana», lo hace con la mas perfecta delicadeza i con la mayor ternura. Se manifiesta encantado de ella con los sentimientos mas caballerescos.

La primera que nos ofrece al encanto de los ojos es la española doña Mencia de Nidos, «Noble, discreta, valerosa osada». En Concepcion a la llegada de los conquistadores derrotados en Andalican, en el miédo que produce la noticia del próximo ataque de los indios, cuando tímidos los hispanos huyen, doña Mencia se levanta de su lecho de enferma, empuña la espada i embraza el escudo, e intenta detener, aunque en vano, a los despavoridos, apostrofándo-

los con airada elocuencia. Es un corazón juvenil hecho corazón de león por el honor i por la gloria; es el valor realzado por la gracia i la hermosura. Se destaca del confusorío de los fujitivos, por sobre los clamores de las vírgenes que buscan a sus madres, con la espada desnuda en aquella cuesta, con la cabellera al desgairé i arengando en varonil apostura, con las proporciones de una heroína magna.

I la primera araucana es Guacolda. Es una blanca flor de idilio que brota del rojo de la sangre. Amorosa mujer, casta i previsora, brilla como una estrella en la noche que terminará en la desesperación de la muerte. Vedla, pues, en la noche, en el áspero tálamo improvisado en la fragosa sierra donde los guerreros aucas descansan de las fatigas. Despierta cuando su amado salta debatiéndose en la pesadilla i le aconseja que se arme i arme a los suyos porque los sueños son avisos del «Pillan». El bravo Lautaro no da crédito a lo misterioso ni escucha la dulce i temerosa voz de mujer. Frufrotan las hojas de los coigües i maitenes; tiritan de miedo arriba las estrellas; pasa un viento de silenciosas anunciaciones. En la ternura de Guacolda, en cada una de sus palabras previsoras, en su instinto de salvación, Ercilla pone toda la seducción femenina, la inocencia primitiva, el ardor voluptuoso i pavoroso ante el presentimiento de la separación. Por la resistencia del toqui para aperebirse a la batalla, porque no cree en el vaticinio, el alma de Guacolda, alma atormentada del más dulce amor bárbaro, se funde i se cuaja en las pupilas tristes. Su cuerpo seductor más se estrecha al atleta como si ya supiera de cierto que es su última noche. Habla entonces con suspiros entrecortados i caricias mudas. Es Guacolda la delicada mujer, pasional i vehemente, que ama con la inconciencia egoísta del verdadero amor, con el santo amor de la naturaleza en esta noche que terminará en la desesperación de la muerte.

No menos cautivante en la desolación del campo de cádáveres es la aflijida Tegalda. Su amor i su fidelidad al muerto esposo la llevan, abroquelándose en la fortaleza de

su cariño, a buscarlo en la lúgubre noche entre los yacentes que quedaron de la batalla. Por el amor i por la fidelidad a su amor no teme ningun peligro, ni la negrura de la noche en la cual está la muerte imponente, ni a los sangrientos vencedores que vivaquean cerca. ¡Admirable salvaje capaz de tan altísimos sentimientos! Busca el cadáver de Crepino esta bellissima e inconsolable hija del cacique Bracol, para darle honrosa sepultura. El poeta Ercilla que está de guardia se condeue de su afan piadoso, le oye conmovido su historia trájica i le da ayuda magnánima. Yo me traslado a aquella hejira épica i alabo al poeta paladin. Mas mis ojos se van tras el fúnebre cortejo: llevan los indios yanaconas en angarillas improvisadas el cadáver del guerrero i sigue la esposa fidelísima bañada en llanto amargo. Los tupidos ramajes de la selva forman a la comitiva tristes palios. Hai un recojimiento doloroso en el paisaje i una nota mas melancólica en el canto de los «huilques». Tegualda abismada en su dolor va lentamente su senda de amarguras, silenciosa como una torcaz cuyo corazon herido de muerte se desangra, se desangra. . . . .

Fresia, la compañera de Caupolican, es el mas bello tipo de heroína, altiva, orgullosa, indomable. El amor a su tierra, a la libertad de su tierra, es la pasion dominante de esta mujer heróica. Está perennemente solicitada de lo grande i del valor irreductible, de la proeza guerrera i de la fuerza hercúlea. Aquí está el secreto de su adhesion a Caupolican: él es fuerte, es el caudillo invicto. A ella no le intimida la batalla ni el sangriento despojo humano. No es ella la idílica Guacolda, ni en nada se parece a Tegualda. Es la dignidad bravía encarnada en voluptuoso cuerpo femenino. Todos sus amores se anonadan delante de la avasalladora bravura. Cuando su orgullo supremo sufre el rudo golpe, cuando Caupolican cae prisionero en fuerza de traicion; deja de ser mujer i la magnitud de la ignominia que, segun ella, ha cometido el toqui al caer en engaño, le transforma en leona, en furia: suprime en ella no solo el amor al hombre, sino, lo que es inaudito, el amor al hijo que arroja iracunda a las

plantas del cautivo traicionado. Es esto de una terrible grandeza esquiliana.

Y ahora cabe bien decir aqui algo contra una opinion jeneralmente admitida, algo ajustado a la verdad i en rigor de justicia. Ya he señalado en un principio que Ercilla se propuso en su epopeya loar el valor inaudito de españoles i de araucanos. El valor español, alto, admirable, indiscutible, nadie será bastante osado a negarlo. Durante ocho siglos fué probado i sin una mínima debilidad en la guerra de la reconquista en la Península, incesantemente, contra los moros, i en las guerras de Chile del mismo modo, secularmente. Mas, a pesar de esto se nos ha hablado solo de la crueldad de los conquistadores, de sus injusticias, de su insaciable sed de oro que les llevaba a cometer toda clase de depredaciones, de crímenes i de escándalos. Ha sido todo ello una leyenda roja de abominacion i de muerte la leyenda de los conquistadores. Bien estuvo esto para excitar el patriotismo en las muchedumbres, cuando los ánimos exacerbados luchaban por libertarse del extranjero dominio; pero hoi, en el primer Centenario de nuestra Independencia, cuando a las exaltaciones de antaño han sucedido la tranquilidad i el reinado de la severa razon desapasionada i fria, seria una grave falta no reducir a sus justas proporciones aquella leyenda i mas grave falta no hablar como yo quiero hacerlo.

No es posible que ya mas nos estemos nutriendo i amantando a nuestra juventud con esa leche de tigre sustentadora de odios injustificados i de injustificados resquemores. La verdad es que los conquistadores fueron unos raros hombres, dotados por manera sobresaliente de las mas bravas i gallardas cualidades de la especie; todos ellos valerosos i temerarios en un alto coeficiente heróico para no detenerse ante ningun obstáculo, delante de ningun peligro, frente a cualquiera clase de muerte. Iban a la conquista de un mundo, pocos en número, pero mas fuertes con la confianza en si mismos; iban a lo desconocido sin temblar, i marchar contra lo que no se conoce, tan marcialmente como va un



justador en un palenque en donde sabe que solo va a medir su destreza en el juego de sortija, o en el de los bohordos, es sentar ya plaza de héroe, por anticipado. De este mismo modo los españoles de la conquista se atrevieron contra las distancias, que hoy mismo a no tener vapor i líneas férreas nos espantarían i pondrían desaliento en corazones esforzados; se atrevieron contra la misma naturaleza que en todas partes se les mostraba hostil, cuando no agresiva, aquí con pavorosos precipicios, allá con brazos de mar o ríos desatados i turbulentos, acullá con la muda e invencible oposición de formidables cordilleras o de tupidísimas selvas primitivas que conmovidas hasta en sus raigambres por la ira desatada de los huracanes, debieron infundir un terror religioso bajo la enorme impasibilidad de los cielos. I ellos siguieron adelante, siempre esforzados, sin importarles ni hambres, ni fatigas, ni inclemencias, marcando sus rutas, blanqueando sus derroteros con los huesos de los que caían estenuados, víctimas del clima o asaeteados por los salvajes ocultos en la maraña de los bosques. Así i todo seguían adelante para mayor gloria del Rei, en quien sintetizaban su amor a la patria distante i para estender los dominios de la religión de la Santa Cruz, para conquistar para el cielo las almas de los infieles. I todavía después de vencer tantos obstáculos i de plantar en las nuevas tierras la cruz i la bandera, sin un momento de reposo, tenían que sostener la una i la otra, defendiendo la propia vida en guerras interminables con enemigos salvajes. No; la verdad, señores, que estos hombres eran de una pasta superior, no de carne i hueso como nosotros sino de acero i hierro fundidos en las más nobles hornazas i en los más fuertes crisoles. I hombres así, acero i hierro, españoles no más, podían ser los soyugadores de América, i no de otra raza, castellanos que en centenares de guerras se alzaron victoriosos sobre las razas más poderosas del mundo; españoles que heredaron i acrecentaron su patrimonio de fuerza, de coraje, de audacia, de las virtudes más insignes, de sus bravos antepasados iberos, i godos, i suevos, i latinos i árabes; españoles que renuevan el prodi-

jio de renacer de las propias ruinas, vencedores de Cralo Magno i sus doce Pares; españoles habian de ser los conquistadores, i no de otra raza, que despues de haber hecho la transfusion de su sangre en una sangria que duró tres siglos en hispano-américa, se levantan, despues de su necesario reposorio, hoi, en la madre patria, con fuerzas nuevas para asegurar i afianzar la inmortalidad de la raza latina i para asombrar nuevamente al mundo con las luces de su intelecto i con las incontrastables virilidades de su brazo.

Todavía hai mas que decir. Los conquistadores estaban completamente convencidos de que eran el instrumento de que Dios se valia para hacer la redencion de los bárbaros, i siendo el azote de Dios, para lograr ese bien no se fijaban, con una fé ciega en ese mandato de los altísimos designios, sino en la finalidad, en la consecucion. Por añadidura, los conquistadores llegaron a encontrarse en Chile con una resistencia como no la habian encontrado en parte alguna; éllos acostumbrados a vencer a los soldados mas aguerridos de Europa, ellos que tenian la conciencia de su valor, de su superioridad indiscutible, se exacerbaron ante esa resistencia, tan sostenida en una guerra bárbara en donde todos los horrores i las fierezas tenian que desencadenarse en una larga jornada de esterminio, incendios i violaciones.

Concedido que el conquistador fué las mas veces inspirado por la avaricia, que obró por la sed del oro i que se hizo cruel, déspota i sanguinario. «Culpas fueron del tiempo i no de España». Mas yo debo añadir que por encima de toda otra consideracion debe tenerse en la cuenta que aquello fué la moneda necesaria para rescatarnos de la esclavitud, de la oscuridad, de nuestro rudimentario vivir de trogloditas, o de poco ménos, de bárbaros, cuyo nivel intelectual no estaba, ciertamente, mui arriba. Esa honda i trascendental revolucion que se operó en la vida primitiva de la raza importó el gran número de víctimas, toda la sangre derramada. Hai que reconocer que el mejoramiento humano no puede conseguirse sino a fuerza de grandes e incruentos sacrificios. «Las brutalidades del progreso, dice Víctor Hugo, se

llaman revoluciones; pero una vez éstas verificadas se reconoce que el jénero humano ha marchado hácia adelante». Brillante i exacto decir. Así de este modo los conquistadores nos dieron a la civilizacion, que a partir del Renacimiento italiano parecia encontrar estrecho el continente europeo i buscaba anhelante por donde dilatarse, nuevas tierras, nuevas razas, i nuevos ambientes donde difundirse i espaciarse largamente.

Alumbramiento alguno hai que no sea doloroso. El labrador con el áspero filo del arado rasga las entrañas de la madre tierra para darle el rubio grano que será centuplicado en la época propicia. ¿Creeis que la tierra no siente ese dolor del arado? En los tiempos oscuros, cuando las nubes negras tapan el azul, es cuando revienta el hervor de la tempestad i cruza el aire el brillante latigazo del rayo, i se oye el ronco traquetear del trueno, i se vierte la lluvia en abundantes cataratas. Mas despues todo ese horror se cambia en beneficios: los cielos, el aire, la tierra, se hacen fecundos en alegrías; la tierra en una paricion mirífica se cubre de flores i de frutos, i mira sobre ella el sembrador los anchos mares de las granadas espigas de oro que ondean con la caricia del viento bajo la prolífica i serenante gloria del sol. Así los conquistadores, bondadoso filo de arado i tormentoso huracan. I todavía mas: Ellos nos dieron esta bella lengua que hoi hablamos, la mas rica i la mas bella del mundo, cuyo elogio no tengo para qué hacer, lengua de amor, lengua de guerra, lengua de la razon i de la fuerza. Nos la dió Castilla, nos la dió España, presente de reina i de madre; i nos la dió en una cartilla maravillosa; i esa cartilla fué una epopeya, esa cartilla fué «La Araucana».

Ahora podria yo continuar discurrendo estensamente sobre los méritos i excelencias de esta obra en jeneral, podria tambien agregar lo mas esencial a hacer resaltar las bondades personalisimas de su autor, las virtudes de su alma i de su corazon, para ponerlas como ejemplo i enseñanza de vidas presentes i futuras; pero estimo que con lo que llevo dicho, aunque someramente, tendreis lo mas indispensable

para aquilatar en su alto valor esta jema preciosa de nuestra raza i de nuestra especie. Pero es necesario añadir: quien quiera que seas tú que me oyes, mira que es por «La Araucana», glorificación de nuestra nacionalidad bruñida por el ingenio de Ercilla, por donde debemos buscar unirnos i apegarnos mas a la madre patria i participar mas íntimamente de sus alegrías, de sus triunfos, de sus trabajos de sus ambiciones; así como ella, la madre española, por «La Araucana» debe estimarnos mas, i porque somos mas de su carne i de su sangre, conservadas de siglo en siglo en su pureza prístina. I siendo mas nosotros de España por «La Araucana», mas sobre nosotros pesa la obligacion de acrecentar el lustre de su nombre i el acervo de nuestra gloria en todos los campos de la actividad humana, así sean estos de alta jerarquía mental o de no ménos estimables esfuerzos materiales.

I hoy es menester que sepamos contemplar i avalorar en todas sus claras e insignes proporciones la prueba de afecto que España va a darnos, por intermedio de su honorable colonia aquí residente, al erijir un monumento a Ercilla en los mismos dias de la conmemoracion de nuestra Independencia, gallardísima muestra del cariño, presente el mas delicado que se podia hacernos, el mas grato a nuestro corazon i que nos obliga a reciprocidad en gallardía i jentileza. Bienvenido sea, pues, ese bronce perpetuador del perpetuador de glorias increíbles que nosotros debíamos haber ya levantado.

I séame permitido regocijarme por haber tenido el estimable honor de hablar desde esta tribuna universitaria i sobre «La Araucana» por especialísima deferencia de nuestro mui ilustre Rector, don Valentin Letelier. De este modo la Universidad de Chile es la primera corporacion de la República que en la conmemoracion del Centenario entona su laudatoria al cantor de nuestra epopeya.

De aquí en adelante, con la vista fija en nuestro poeta épico tomemos mas resueltas orientaciones hácia España en nuestra política internacional i en nuestros sistemas edu-

cacionales. De allá todavía, de ultramar, pueden venirnos, como otrora, fuerzas vivas de producción i de riqueza. La prueba la tenemos en esa simpática colonia española, tan laboriosa i tan respetable, que es uno de nuestros valiosos factores de progreso i que contribuye desde hace muchos años a la prosperidad de la República.

I voi a terminar, señores, así:

Cuando yo mañana asista a la inauguración del monumento a Ercilla, ahí en el medio de la enorme muchedumbre entusiasmada, pero ahí endonde pueda oír bien los coros de los niños i de las vírjenes, yo sé que en ese momento religioso en que el velo de la estatua se corra i en que estalle el volcán armonioso de la Canción Nacional i de la Marcha Real Española, cuando caigan sobre el bronce en lluvia roja i blanca los copigües de las selvas i las rosas de los jardines, yo sé que pensaré, qué digo, yo sé que tendré delante de mi vista la majestuosa figura resurrecta del épico portallira; Ercilla que pasa acaudillando la lejió de nuestros héroes araucanos juntos, codo a codo, con los héroes castellanos, resplandecientes en su inmortalidad, infantes i centauros en una réjia procesión de triunfo, fuljidoras las espadas i las lanzas, con esa serenante majestad en el rostro que deben tener los dioses i hermosos bajo sus frondosas coronas de laureles eternamente frescos. Todos pasarán sobre las nubes haciendo un sonoro ruido de aceros. I por un inesplorable prodijio, en una como hermosa anunciación del porvenir yo miraré en el próximo centenario i contemplaré asombrado los progresos de mi patria i de mi raza, sus mil ciudades florecientes con sus fábricas i sus industrias, con sus cien grandes puertos con franquicias para todas las corrientes civilizadoras, mas poderosas las de España en su carácter de país privilegiado i en un intercambio constante de productos de las industrias i los campos, de la simpatía i de la intelijencia. . . I al llamarme a la tierra las aclamaciones entusiastas a Chile i a España, ahí al pié de la estatua de Ercilla, sentiré hondamente conturbado con un dulce sentimiento mi corazón, de alegría por haber tenido la dicha de

haber alcanzado esta magna fiesta en nuestro primer Centenario.

ANTONIO BORQUEZ—SOLAR.

*Nota del Editor:* Esta conferencia fué dada en la Universidad Nacional en Setiembre de 1910, aniversario del primer Centenario de la Independencia, ante una numerosa i selecta concurrencia que aplaudia entusiasmada a cada momento al orador, i que al final le tributó una estruendosa ovacion.

---